

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

## 20

*OCTUBRE-DICIEMBRE*

1945

IMPRESA UNIVERSITARIA

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

**LIC. GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR**

**Secretario General:**

**LIC. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ**

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Director:**

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

*Eduardo García Máynez.*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$7.00
Exterior . . . . .	dls. 2.00
Número suelto . . . . .	\$2.00
Número atrasado . . . . .	\$3.00

## Sumario

### UN LUSTRO DE FILOSOFIA, LETRAS E HISTORIA EN MEXICO

	Págs.
Eduardo Nicol . . . . .	—
	—
<i>Cinco Años de "Filosofía y Letras"</i> . . . . .	141
José Gaos . . . . .	—
	—
<i>Cinco Años de Filosofía en México</i> . . . . .	145
Edmundo O'Gorman . . . . .	—
	—
<i>Cinco Años de Historia en México</i> . . . . .	167

#### FILOSOFIA

Juan David García Bacca . . . . .	—
	—
<i>Sobre el concepto formal y objetivo de SER</i> . . . . .	187
Oswaldo Robles . . . . .	—
	—
<i>Fray Tomás Mercado, O. P. Traductor de Aristóteles y Comentador de Pedro Hispano en la Nueva España del siglo XVI</i> . . . . .	203

#### LETRAS

Ferrán de Pol . . . . .	—
	—
<i>Jacint Verdaguer (1845-1902). En el primer centenario de su nacimiento</i> . . . . .	219

#### HISTORIA

Julio Jiménez Rueda . . . . .	—
	—
<i>Astrólogos y Quirománticos en la Nueva España</i> . . . . .	233
Varios . . . . .	—
	—
<i>Sobre el Problema de la Verdad Histórica</i> . . . . .	245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

*Filosofía*

	Págs.
Juan David García Bacca . . . . .	<i>Vida y Poesía.</i> (Wilhelm Dilthey.) . . . . . 275
Juan Roura-Parella . . . . .	<i>Psicología y teoría del conocimiento.</i> (Wilhelm Dilthey.) 277
José Fuentes Mares . . . . .	<i>Filosofía en metáforas y parábolas.</i> (Juan David García Bacca.) . . . . . 280
Juan Manuel Terán . . . . .	<i>La teoría egológica del Derecho y el concepto jurídico de Libertad.</i> (Carlos Cossio.) 283

*Letras*

Ferrán de Pol . . . . .	<i>Juan Ramón Jiménez en su obra.</i> (Enrique Díez-Canedo.) . . . . . 287
Ferrán de Pol . . . . .	<i>Letras de América.</i> (Enrique Díez-Canedo.) . . . . . 288
Ferrán de Pol . . . . .	<i>Poemas de las islas invitadas.</i> (Manuel Altolaguirre.) . . 290

*Historia*

Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Boletín del Instituto Caro y Cuervo</i> . . . . . 293
Manuel Fernández de Velasco . . . . .	<i>Las huellas de los conquistadores.</i> (Carlos Pereyra.) . . 294
José Ignacio Mantecón . . . . .	<i>Ensayos sobre la colonización española en América.</i> (Silvio Zavala.) . . . . . 296
Rafael Heliodoro Valle . . . . .	<i>Notas y Noticias de América</i> . 297
Noticias . . . . .	303
Publicaciones recibidas . . . . .	305

# Jacint Verdaguer

(1845 - 1902)

(En el primer centenario de su nacimiento)

## ANTECEDENTES

El hecho de que la lengua catalana pueda formar palabras de significado idéntico o parecido —según los casos—, por medio de los sufijos *ment* y *nça* (por ejemplo, *creixament* o *creixença*, crecimiento), hace que con el vocablo *Renaixement* los catalanes señalemos aquel movimiento universal, aquel Renacimiento europeo que, dando sentido a la llamada Edad Moderna, irradió desde la alta Italia al mundo entero. En cambio, al recobro de la conciencia y voluntad política y cultural de Cataluña en el siglo pasado, lo distinguimos con el nombre de *Renaixença*. En una palabra, *Renaixement* y *Renaixença* son a la historia de Cataluña, lo que el *Rinascimento* y el *Risorgimento* a la de Italia.

Como el idioma castellano no se presta a tan cómoda distinción, advertimos que siempre que se hable de Renacimiento en este artículo, nos referimos al despertar político, social, económico, técnico, militar, etc., pero, principalmente al cultural y literario de Cataluña en el siglo XIX.

\*  
\* . \*

Resulta imposible dar una idea que no sea harto esquemática de la historia —tanto política como cultural— de Cataluña. Sin embargo, si preciso fuera recurrir a un adjetivo para calificarla, bastaría asegurar que

es una historia patética. Y decimos patética y no trágica porque, si es profundamente desgraciada y conmovedora, no ha tenido todavía, ni es de esperar que alcance —por fortuna para nosotros—, el infausto fin que sus enemigos anhelan.

País de cumbres y valles, de orgullos y sujeciones, suave o terrible en su gloria, y como adormecido y amodorrado en sus días tristes, parece proyectar a su historia humana lo encontrado de su naturaleza física: nieves eternas del Canigó y palmares abrasados de calor casi africano en sus bosques del sur, desolación agobiante de sus llanados esteparios de poniente y riente placidez del hacecillo de sus islas Baleares, *les Illes* (las Islas) decimos como si fueran únicas.

Así, aquel país que anhelaba marcar con su enseña a todos los peces del Mediterráneo —como afirmaba jactancioso uno de sus Almirantes—, yace hundido a finales del siglo XVIII en un olvido casi absoluto de su glorioso pasado, se atiene a un menguado presente utilitario y es incapaz de soñar en los días por venir.

¿Cómo despertó de su sueño secular? Casi todos los pueblos europeos que han tenido un Renacimiento en el siglo XIX —a veces ha sido un verdadero nacimiento—, débenlo en buena parte a la conmoción napoleónica. Así Italia, Alemania y también, en cierta medida, Rusia. Napoleón y las ideas que encarnaba, levantaron un nuevo espíritu sobre la faz de Europa entera. Cataluña, con el matiz especial que su condición de avasallada imponía (en aquellos momentos, sujeción casi voluntaria), no fué una excepción. Así vemos que, si hasta entonces la lengua vivió sólo en los labios del pueblo, al impulso de aquellas guerras feroces, vuelve a la hoja impresa, a la arenga, al inflamado discurso. Aquellos humildes vates apostrofan al *Tirano*, enaltecen las glorias del país y se asocian, con propio acento, al levantamiento de España entera.

Una lengua hundida hasta allí en sutilezas, en imitaciones serviles, en plebeyez hedionda, surge de nuevo en los campamentos, en el vivaque, en el campo de batalla. De mano en mano pasan coplas, arengas, canciones; piecillas teatrales logran representación. Ciertamente que aquel idioma tiene todavía tufillo de pólvora, trasciende a pueblo bajo, sabe a bebida fuerte y huele a bárbaro condimento. Pero no importa: la modorra ha sido sacudida a cañonazos.

A partir de aquel momento —y ayudada la expresión literaria por un incesante progreso técnico, económico, artístico, vital en fin—, la lengua escrita recobra poco a poco su lugar. Suele darse el año de 1833 como

el que abre la moderna literatura en catalán, pero, mucho antes habían surgido cultivadores, y la misma perfección formal de la llamada *Oda a la Patria (Trobes)* hace comprender que, si bien Aribau —el coeditor de la Biblioteca de Autores Españoles— la daba a luz en el referido año de 1833, sus ensayos personales y los de sus compatriotas eran muy anteriores.

Desde aquel momento, el cultivo de la lengua escrita aumenta de día en día. Temas históricos, patrióticos, sentimentales, folklóricos, ensáyanse primero en premiosos versos. La prosa vendrá algo más tarde. Una institución se encarga de galvanizar y, sobre todo de popularizar, este esfuerzo que tiene de momento más de patriótico que de literario. Y esta institución, como no podía menos de suceder en un movimiento añorante del pasado, no es algo de nuevo cuño sino, al contrario, una restauración: los Juegos Florales. (1859.)

A tales fiestas poético-patrióticas concurrían poetas catalanes, valencianos, mallorquines, subrayando así la unidad lingüística y cultural del Levante peninsular. Aquellos modestos vates van a ser el nexo, el lazo de unión, entre los gloriosos nombres del mallorquín Ramón Llull, del valenciano Ausias March, del catalán Ramon Muntaner y los modernos cultivadores de la misma lengua.

Pero ningún certamen, concurso, palestra ni torneo literario bastaron nunca para crear buena poesía. Algo faltaba a aquel Renacimiento, al movimiento aquel —milagro de la Europa literaria del siglo XIX, en palabras de don Marcelino Menéndez Pelayo—, para lograr vida lozana: el genio. Este genio fué Jacint Verdguer.

### *Revelación del poeta*

Estamos en el año de gracia de 1865, en el esplendor mediterráneo de un primero de mayo. Hace seis años que viene celebrándose en Barcelona la llamada Gaya Fiesta y el público reunido en la gran sala gótica que sirve de marco al patriótico evento, aparece rebosante de animación.

Figuran allí señorones de levita, emperifolladas damas, brillantes uniformes, las graves autoridades y los melencidos poetas. Muévense todos entre pesadas colgaduras y rojos terciopelos que huelen a humedad y a polvo. Dorados de purpurina solapan troncos de mísera madera de pino. El efímero y falso esplendor de una celebración oficial y populachera está



en marcha. El público aparece preparado para oír las mismas languiduchas estrofas a la patria perdida, parecidos cantos a tal o cual costumbre, idénticas maldiciones contra los tiranizadores del país, pero, a fin de cuentas, maldito el caso que hacen a toda esta monserga de tiempos pasados. Les atrae la fiesta, la alegría, el bullicio y apenas si dan oídos a esta literatura revestida, como la misma sala y asistentes, de perifollos y purpurinas, de velludos y paños ajados. La reina de la fiesta, los atavíos de las burguesas acomodadas, los rutilantes uniformes, la gracia pálida de un vate, estos son los blancos de todas las miradas.

Y, sin embargo, en medio de aquella universal pantomima, en aquel año de gracia de 1865, ocurre lo que nadie podía prever: el descendimiento de la inspiración. Es aquel momento recordado años después por Mistral con las siguientes palabras: "Me rapelle encaro aqueli belli festo de Barcilouno ounte vous rescountero, e que venguerias a iéu emé tant d'entusiasme e de graci."

Aquel año, Jacint Verdguer, un poeta aldeano, había sido premiado en el certamen. Acierto éste que redime de todos sus pecados a la anual consagración de tantas cursilerías. Francisco Pelagi Briz escribió acerca de aquel momento palabras que vale la pena transcribir: "Cuando se levantó de su asiento, todo el público clavó en él sus miradas; y, al constatar que se trataba de un mozalbete y de un campesino al mismo tiempo, al descubrir colgante de su brazo la por nosotros tan querida barretina catalana, no fueron ya débiles aplausos los que lo saludaron; fué un verdadero torrente de palabras de bienvenida y aclamaciones que ascendían hasta conmover los artesonados del histórico Salón de Ciento. Con vergüenza en su frente, modestia en los ojos, júbilo en su boca, avanzaba el joven poeta; damas y caballeros deteníanlo en su camino, sabios y literatos se abalanzaban hacia el muchacho para mejor distinguirlo."

Esta delirante multitud, ¿adivina, sabe o intuye la trascendencia de aquel momento? ¿O es sólo la juventud y la humildad de aquellos atavíos campesinos lo que arrancan de sus bocas los vivos inflamados? No es posible saber tanto, pero ya la purpurina tornábase oro de ley y brocado de subido precio el raído paño, y fiesta de los corazones aquella oficial batahola en torno al *día de la poesía*. Ya no será un solo día, ya no será valedero aquel atinado y sarcástico: "¡i fins l'any que ve!" (y, ¡hasta el año próximo!) con que satirizaba la Fiesta de los Juegos Florales, la gracia del periódico *Un Tros de Paper*.

Pero ¿quién era aquel joven poeta, aquel Jacint Verdaguer, como había vociferado el Secretario desde la mesa presidencial para que se acercara a recoger su trofeo?

*Poeta y labrador*

Jacint Verdaguer había nacido el 17 de mayo del año de 1845, en un pueblecito de la comarca de Vic, llamado Folgueroles. Hijo de pobres —su padre era picapedrero—, hubo de ganarse con sus manos el cultivo de su inteligencia. Así ejerció en una masía acomodada del llano de Vic, los dispares oficios de poeta, seminarista, mozo de labranza y maestrillo de los rapaces de la casa. A esta extraña situación alude el poeta cuando escribe:

Poeta i llaurador só,  
i faig la feina tan neta  
que llauro con a poeta  
i escric com a llaurador.

O sea: poeta y labrador soy, y hago un trabajo tan limpio, que aro como poeta, y escribo como labrador. Sin ironía de ningún género, es ésta, no sólo una descripción sucinta de su origen, sino, a la vez, una cabal situación de la propia obra. Yo no sé si Verdaguer labraba la tierra como poeta, pero seguros podemos estar de que ponía en tales labores todo el amor y la dedicación de su alma enamorada de su tierra, toda la menuda atención de un buen artesano. Que escribía como labrador —en el más alto sentido que pueda alcanzar tal palabra—, como un hombre apegado al terruño, como un agreste hijo del campo, como un entrañable conocedor de los secretos del viento y de los bosques, de la campiña y del cielo, nos consta por su riquísima, sabrosa, profunda, concreta y recia lengua.

Esta condición de campesino tuvo la máxima importancia para el futuro desarrollo de su propia obra, y, también, para la definitiva salvación de un empeño en que los primeros cultivadores del catalán moderno se habían lanzado con más pasión que poder, abnegación que genio. El Renacimiento literario aseguróse con el advenimiento de Verdaguer. "Verdaguer solo —escribíamos para el *Dictionary of Modern European Lite-*

ature de la Columbia de Nueva York—, podía salvar el futuro del Renacimiento de los países de habla catalana. Una brisa popular, sana y viril, penetra la literatura de aquella hora, quizá harto remilgosa y erudita en manos de ciertos escritores y excesivamente plagada de vulgaridades en otros. El aliento verdagueriano levanta y esparce por igual el viejo polvo de los archivos y la aplebeyada pelusilla. Su habla es selectiva, pero de raíz netamente popular, es decir, clásica. No parece atrevido sostener que, sin Verdaguer, es imposible explicar la obra de ninguno de los poetas catalanes posteriores. Débenle algo, hasta aquellos que parecen haber ido a beber más obstinadamente en las fuentes de París, de Londres o de Berlín.”

### Sacerdote

Estos éxitos literarios no le desviaron un punto de su vocación religiosa. Antes desconfiaba de sus dotes poéticas, temía, vacilaba. Ahora, seguro de sí mismo, está más en sazón para dar a su alma el soñado vuelo. Será, por encima de todo, un poeta cristiano. El misticismo de Verdaguer, cuyo mayor exponente son sus *Idil. lis i Cants Místics*, nos muestra un alma de vibración casi femenina ante las delicadezas y los consuelos religiosos. Algunas veces esta misma sutileza y finura de los sentimientos místicos, le lleva a un tono algo melifluo que contrasta con el viril acento de sus cantos épicos, de una objetividad tan absoluta, que la tan decantada impasibilidad parnasiana queda superada.

En la ciudad de Vic canta su primera misa, en el año de 1870. ¿Qué hondas impresiones debían alancear el finísimo espíritu de Verdaguer? Seguro parece que todo su ser, tan íntimamente sensible a los deliquios místicos, debía estremecerse ante la seguridad de que, al conjuro de las palabras sacramentales, el tiernísimo Jesús de sus cantos y ensueños entrañables vendría a posarse entre sus dedos agobiados al sostener la leve hostia, trémulos al estrechar a Dios, poderoso creador de los cielos y de la tierra y dócil sin embargo al llamado de un simple hombre.

Ya sacerdote, reclúyese gozoso en la soledad de un pueblecito —Vinyoles d'Orís—, situado en aquella comarca que es, en realidad, el verdadero paisaje de Verdaguer, en Vic. Tiene a su cuidado espiritual a doscientos feligreses. Cantor de cumbres se ha llamado a Verdaguer y, en efecto, pocos hombres han alcanzado el vuelo del poeta en sus cantos al Canigó, al Teide, a los Pirineos; y, sin embargo, aun consciente de su inmenso

valor, Verdaguer fué un hombre humilde, por lo menos entendida la humildad en el sentido de rechazar situaciones cómodas o lugares vistosos. Claro que puede objetarse que este apartamiento de los humanos honores es su más alto orgullo, pero, tal sencillez de vida, esta apetencia de pasar inadvertido en cuanto no fuera su obra —sin creer jamás que sus dotes poéticas le dieran, como creen otros tantos, derecho a otra cosa que a un sencillo vivir—, nimba su figura de una simpatía cordial. Entre su apacible rebaño vive en paz y contento. Compone, trabaja, estudia, medita y ruega.

Desde sus años de seminarista tiene garrapateados unos versos poderosos y colmados de ambición. Cantan el gran cataclismo que, según algunos autores griegos, hundieron un mundo, la mítica Atlántida que era puente entre los dos continentes de Europa y América. Pero el poeta del llano, nunca ha visto el océano.

### *El poeta y el mar*

Hubo de conocerlo por necesidad. Y no ya el mar dócil que entreviera en Barcelona, mar dulce y verde, blanco y azul. Pronto ha de ver con sus propios ojos el mar que es como el líquido manto que cubre la hundida Atlántida. Verá con sus ojos los parajes donde se estremecieron los elementos conjurados todos para la ruina de Atlántida.

Su salud se resiente en la comarca fría y solitaria y su alma languidece en aquel obstinado apartamiento zahareño. El médico que le asiste le recomienda viajes, viajes por mar.

Pero, ¿cuándo, un humilde rectorzuelo de pueblo, pudo viajar, viajar por mar? Es este placer de grandes señores, no medicina de pobres. Pero al fin, se da con el expediente. Antes, en su niñez, labró la tierra para estudiar, ahora ejercerá su ministerio a bordo de un buque y así podrá viajar por mar.

Verdaguer entra como capellán de buque en la Compañía naviera que dirige el marqués de Comillas. A bordo de varios de los buques de la compañía, cruza el Atlántico y contempla los lugares donde corre la acción de su gran poema épico. El agradecimiento del poeta a su protector es constatado en la dedicatoria del poema, donde cuenta cómo,

Muntat de tos navilis en l'ala beneïda,  
 busquí de les Hespèrides lo taronger en flor ;

O sea: Montado de tus navíos en el ala bendecida, busqué de las Hespérides el naranjo en flor...

A bordo rehace y termina su poema épico, la Atlántida. Viajó entre los años que van del 1873 al 1875.

Verdaguer amó siempre lo grande: el mar, las cumbres, los héroes, la patria. ¿Hasta qué punto soldóse en él su inicial empuje heroico con el misticismo sacerdotal?

### *Verdaguer, ¿épico malogrado?*

Nos parece muy interesante aducir aquí una opinión tan autorizada como la sostenida por Josep Pijoan, acerca de la cuestión que da título a este epigrafe.

En la revista *Quaderns de l'Exili* (México, número 12, página xi; *Els Manuscrits de Mossèn Cinto*) escribía el ilustre crítico: "A las veces, al leer sus obras épicas, su *Canigó* muy especialmente, asáltannos deseos de que se hubiera conservado el muchachote de Folgueroles que desafiaba a los más fuertes a quién correría más, descalzos los pies, sobre las flechas del recién segado trigo." Para Pijoan el seminario "estropeó" a Verdaguer, al inculcarle un misticismo que, en su corazón apasionado, hubo de tornarse a la larga enfermizo y dominante.

De cualquier forma, sus poemas épicos rayaron a una altura que el problema de lo que habría podido hacer en otras circunstancias no puede plantearse.

### *La obra*

A partir de la publicación de su poema *Atlántida* (1877), su fama conviértese de peninsular en europea y sus obras son traducidas inmediatamente a todas las lenguas cultas de Europa: francés, italiano, inglés, castellano, ruso, portugués, sueco, noruego, danés, polaco, checo, etc., etc.

Por fin, ya repuesto de sus dolencias, abandona el mar para entrar en la casa del marqués de Comillas, su protector, para tener a su cargo la capilla del palacio y repartir limosnas. Publica, sucesivamente, *Idil*.

*lis i Cants Místics* (1879); *Canigó* (1885); *Excursions i Viatges* (1887); *Lo Somni de Sant Joan* (1887); *Dietari d'un Pelegrí a Terra Santa* (1889); la trilogía, dedicada al Niño Jesús, *Natzareth* (1890); *Betlem* (1891); y *La Fugida a Egipte* (1893).

Están aquí ya sus obras más características —si dejamos aparte su magistral epistolario—, y así el tono épico de la *Atlántida* y del *Canigó* viene a darse la mano con el acendrado misticismo de sus *Idil. lis*, la visión del Niño Jesús perseguido con sus visiones de Europa y Asia a través de sus libros de viajes, cuya prosa, en especial el *Dietari*, es simplemente clásica.

El genio de la lengua patria vivía en él y supo comunicarlo como nadie. Alexandre Galí, en un magnífico artículo aparecido en *Miscel. Iània Fabra* (Buenos Aires, 1943, *L'Alliberament de la Frase*), dice: “Acéptase por todos que Verdaguer poseía el genio de la lengua como pocos escritores catalanes lo hayan poseído. Había asido el vocabulario y las vivientes formas en el campesinado, del cual surgiera, pero poseía además el sentido infalible de la lengua. Por otra parte, se acepta también que Verdaguer era un gran afectivo. Pues bien, esta afectividad, aliada a la posesión de la lengua, es lo que hizo posible su prosa, quizá no superada aún.”

### *Angustia y muerte*

Verdaguer, como protegido del marqués de Comillas, pudo dedicar largos espacios a completar su formación, a estudiar, a viajar. Viajó por diversos países europeos y estuvo en Tierra Santa. Pero quizá ninguno de los lugares visitados prodújole una impresión tan honda como Asís, la patria de San Francisco. Joan Moles —en su libro *Mossèn Cinto* (México, 1934)—, escribe: “Impregnóse del ambiente y recogió los más nimios detalles acerca de su admirado San Francisco de Asís, cuya gloria y acrisoladas virtudes cantó repetidamente a lo largo de su vida.”

Como al pobrecito de Asís, un afán de universal caridad atenaceaba su alma y aquel humilde sacerdote, sordo a los halagos de una cordial recepción del Santo Padre León XIII, obstinado rechazador de las distinciones que el gobierno español se empeñaba en hacerle, atónito cuando en cierta solemne ocasión le coronaron de laurel como al “Poeta de Cataluña”, afánase por buscar el dolor allí donde se halla para aliviarlo en la medida de sus fuerzas. Antes eran escasas, casi nulas. Hoy son poderosas. Hoy,

como Limosnero de la casa de los Comillas, tiene entre sus manos cuantiosas sumas. Y el poeta franciscano está en su elemento: socorre, ayuda, consuela, alienta, guía.

Y precisamente la práctica de la virtud cristiana por excelencia —la caridad—, le atrajo el sufrimiento, la angustia y la muerte. ¿Cómo pudo ocurrir? Cuenta Joan Moles en su citado libro que en una ocasión el poeta se opuso —alegando que en una ciudad industrial como Barcelona había mucha miseria para aliviar— a que el marqués ayudara a erigir un fastuoso colegio que cierta orden religiosa dedicaba a la educación de los hijos de familias pudientes. Supone el referido historiador de su vida que, a causa de tal negativa, algunos dirigentes de la orden desechada tramaron contra Verdaguer una sombría serie de celadas.

Sea de ello lo que fuere, parece probado que el marqués de Comillas empezó a recibir desde aquel punto y hora toda suerte de confidencias acerca de lo que se llamaban prodigalidades de su limosnero. Insistían los denunciadores en ciertos favoritismos de su capellán. Pero, fracasados tales manejos, hízose correr la especie de que Verdaguer, cuyas facultades mentales suponían perturbadas, dedicábase a prácticas de exorcismo, a la magia y al espiritismo.

Estas imputaciones llegaron hasta las autoridades eclesiásticas y el obispo Morgades le ofreció una habitación de su palacio para que descansara un tanto de sus ocupaciones. Negóse Verdaguer alegando que no necesitaba descanso alguno y que su tarea de limosnero hacía necesaria su presencia en Barcelona. Pero, por fin, presionado por su superior jerárquico, se traslada al Santuario de la Gleva, lugar agreste, sano, retirado.

Allí se convence pronto de que se trata en realidad de alejarlo. Sorprende el poeta manejos y vigilancias que lo humillan. Hasta en la extremada afabilidad de los campesinos descubre Verdaguer indicios de que todos le tienen por loco, en aquellos contornos. Por un loco nada peligroso, es cierto, por un trastornado apacible al que hay que tratar con lástima no exenta de cordialidad.

El poeta, fuera de sí ante las sospechas que se alzan a su alrededor, temeroso de ser internado como loco, sin apoyo, sin amigos, huye de su retiro. Ya antes ha constatado que el marqués de Comillas no le distingue con la absoluta confianza de antes. ¿A dónde ir?

En Barcelona busca amparo en casa de una viuda a quien había protegido en sus tiempos de limosnero. Aquella mujer no olvida los beneficios

recibidos y ampara al sacerdote. Empiezan a buscarlo las autoridades eclesiásticas ante las que se levanta en rebeldía.

Hay en toda esta aventura falta de tacto, ligereza, pero nunca mala fe. Verdaguer, colocado en aquella situación por sus mismas timideces, por el terror que ha invadido su alma al verse perseguido, se deja defender por la tenacidad de aquella doña Deseada que se convierte en su paladín.

Levántase contra el poeta una verdadera campaña a la que contesta el poeta con el admirable epistolario que fué luego *En Defensa Pròpia* (1895). Con esta obra y *Flors del Calvari (Llibre de Consols)* (1896), el drama verdagueriano pasa a la calle y su nombre es agitado como una bandera. El pueblo catalán muéstrase partidario del poeta hasta la idolatría y las intrigas y manejos de unos y otros no hacen más que volver patente la admiración popular por el poeta a quien llaman santo y, a su muerte, mártir. Verdaguer es la línea divisoria entre "derechas" e "izquierdas". Precisamente a tal ensañamiento de pasiones, a esta alta polvareda demagógica, se debe que aún hoy no esté absolutamente claro el "caso" Verdaguer.

Por fin, y gracias a los buenos oficios de los padres agustinos, doña Deseada obtiene alguna protección para Verdaguer. Lógrase del poeta una aceptación puramente formal de las órdenes de su Obispo, y Verdaguer es absuelto y se le restablece el derecho a decir misa. Se olvida lo de sus supuestas prácticas espiritistas.

Recibido en la Diócesis de Barcelona, obtiene un trato humanísimo del Obispo Jaime Catalá y del vicario general, Francisco de Pol, y la vida de Verdaguer, aunque sumida en una casi pobreza, entra en una aparente normalidad.

Tanto dolor, tanta involuntaria y no buscada agitación, minaron la ya no muy robusta salud del poeta. Una enfermedad de origen tuberculoso agotó prestamente sus últimas fuerzas.

Acogido a la hospitalidad de un rico comerciante, es trasladado a una hermosa finca de Vallvidrera (junto a Barcelona) donde, tras una leve mejoría, y atormentado en sus últimos momentos por las facciones que todavía pelean en torno a su lecho mortuario, después de redactar varios testamentos (precisamente según la facción que se imponía), Verdaguer deja de existir el día 10 de junio de 1902.

La ciudad de Barcelona, Cataluña entera, tributó al ilustre desaparecido uno de los entierros más imponentes de que haya memoria.



*Desolación de su primer centenario*

Si especialmente los postreros años de la vida del poeta fueron trepidantes, dolorosos, angustiados, no menos lo son para nosotros estos instantes en que, de la obra ardorosa y paciente, obstinada y fértil, realizada entre 1845 y 1945, apenas si algo queda en pie — por lo menos de una manera aparente y oficial. Cataluña, agobiada hoy bajo el intento asimilista más inclemente de su agitada historia, ha visto sus tierras invadidas y ocupadas, abolido su régimen autonómico, dispersado su gobierno, escarnecido su Parlamento, fusilado su Presidente, prohibido el natal idioma.

Verdaguer cobra hoy —al contemplarlo con tanto dolor— una calidad desusada y que en vano hubiéramos solicitado de las confiadas celebraciones oficiales y protocolarias. Sus cantos acendrados, su prosa diáfana, su místico acento, su entrañable pasión, su altísima voz, todo viene a mezclarse a este sabor de hiel y de vinagre que, una vez más, nos acerca la esponja del debelador de la hora.

Beberemos la hiel y gustaremos el vinagre —¿no la bebió y no lo gustó nuestro gran poeta?—, pero sabemos que la Resurrección se acerca y el ¡aleluya! pugna ya por salir de nuestro pecho.

FERRÁN DE POL